

dad es que Napoleón hizo al mariscal Jourdan el cargo de haber llevado al mariscal Soult á Plasencia en vez de llevarle á Madrid por Villacastín, y de haber puesto de este modo á Wellesley entre los dos ejércitos franceses, ofreciéndole la ocasión de conseguir el triunfo; censura que han reproducido después todos los críticos, acusando á Wellesley de no haber sabido aprovechar tan buena ocasión. Sin embargo, esta crítica carece de fundamento. Para llevar al mariscal Soult á Madrid por Villacastín y de Madrid á Talavera, habría sido preciso tener ocho ó diez días más de tiempo, y de tal modo estábamos estrechados por los tres ejércitos de Wellesley, Cuesta y Venegas, que no podíamos sin grave riesgo tomar semejante dilación. Además, desembarcando con cincuenta mil hombres sobre Plasencia, el mariscal Soult tenía de por sí la suficiente fuerza para no temer un encuentro con el ejército inglés. Lo más sencillo ciertamente hubiera sido dirigir el cuerpo del mariscal Mortier á Talavera por Ávila, reservándose el enviar más adelante al mariscal Soult por Plasencia á caer por la espalda sobre los ingleses batidos. Pero el único obstáculo para obrar de este modo tan sencillo fueron las órdenes expedidas desde Schoenbrunn, que pusieron al mariscal Mortier á las órdenes de Soult. No había, pues, nada que echar en cara al mariscal Jourdan. Por lo que hace á sir Arturo Wellesley, era evidente que sus soldados no podían hacer las marchas que habían hecho los del general Bonaparte en Italia, pero con los diez y ocho mil hombres que le quedaban después de la batalla de Talavera, que subían todo lo más á veintidós mil con el refuerzo de la brigada de Crawford, nada podía emprender contra los cincuenta mil combatientes del mariscal Soult, sin exponerse á una derrota. No debe, pues, tampoco censurarse de haber malogrado una buena ocasión.

Además, apenas había tenido Wellesley veinticuatro horas de tiempo para reponerse de aquella sangrienta batalla, cuando ya sabía por la gente del país que se estaba preparando vitualla á una y otra parte del puerto de Baños, en el camino de Castilla á Extremadura. En estos informes sólo se hacía mérito de unos doce mil hombres, fuerza en verdad poco temible: resolvió salirles al encuentro, dejando al general Cuesta á sus espaldas para observar al mariscal Víctor, y se encaminó á Oropesa, camino de Plasencia, para recibir á los franceses que por aquel lado iban avanzando y que según sus conjeturas debían ser las tropas mismas de Soult, batido ya en Portugal.

Llegaba por fin este mariscal, pero tres ó cuatro días después de lo necesario y cuando ya su presencia no podía producir el gran resultado apetecido. El día 26 había tenido á su disposición el cuerpo del mariscal Mortier en Salamanca y su propio cuerpo una jornada detrás. Saliendo el 26 ó el 27 habría podido en tres ó cuatro días asomar á Plasencia y hallarse el 30 ó el 31 con sus treinta y ocho mil hombres de tropas de refresco sobre la espalda de sir Arturo Wellesley, á quien habría conseguido precipitar desordenadamente en el Tajo y hacerle pagar cara la resistencia de Talavera, sorprendiéndole cansado después de una batalla campal. Pero no atreviéndose Soult á emprenderlo sin tener todas sus fuerzas reunidas, quiso esperar al mariscal Ney que se había apresurado á obedecer, pero que venía marchan-

do desde muy lejos para poder llegar á tiempo. Quiso también reponer lo que le faltaba para completar su artillería, y hasta el 3 de agosto no pudo llegar con su vanguardia á Plasencia, lo cual justifica nuestro aserto de que la reunión de los tres cuerpos de los mariscales Ney, Mortier y Soult fué tan desastrosa al fin de la campaña como lo había sido su separación al principio. Sin esta reunión, el mariscal Mortier, libre en sus movimientos y acantonado en Villacastín á disposición del rey José, le habría seguido á Talavera, según ya repetidas veces lo hemos observado, y habría decidido la victoria. Batido en Talavera no era fácil que el ejército británico pasase el Tajo ni que se guareciese en Alcántara, perseguido por soldados franceses, que marchaban con doble velocidad que los ingleses.

De todos modos, habiendo sabido Wellesley en Oropesa que eran incompletas las noticias recibidas del puerto de Baños, puesto que por esta sierra llegaban cuarenta ó cincuenta mil hombres en vez de los doce mil que se habían anunciado al principio, creyó que no podía tomar ningún partido mejor que el de abrigarse detrás de la línea del Tajo, con lo que, del estado de vencedor en que se jactaba de hallarse, iba á pasar al de vencido, con todas las consecuencias de una completa derrota. No podía perder un momento entre Víctor, que podía aún revolver sobre él, y el cuerpo de Mortier, que precediendo al mariscal Soult avanzaba á marchas dobles. Resolvió en consecuencia pasar el Tajo por el puente del Arzobispo, que era el que tenía más próximo, aunque al pasarle tuviese que bajar por la orilla izquierda del río hasta Almaraz por caminos casi impracticables para llegar á la carretera de Extremadura. Felizmente para él el mariscal Víctor, que había quedado por orden de José en el Alberche para observar á los ingleses, se había alarmado diviso los exploradores de Wilson en las montañas, y viéndolos adelantarse por su derecha hacia Madrid se había replegado con dirección á la capital. Si se hubiese hallado en el Alberche, el ejército anglo-español, acometido al pasar el río, hubiera podido salir muy malparado. Repasó, pues, sir Arturo Wellesley el puente del Arzobispo, dejando abandonados en Talavera de cuatro á cinco mil enfermos, que recomendó á la humanidad de los generales franceses, y un cuantioso material que no pudo llevar consigo. Eran para nosotros aquellos heridos como otros tantos prisioneros, trofeos de la victoria lo mismo que si realmente hubiésemos ganado la batalla de Talavera. Wellesley fué á tomar posición enfrente de Almaraz, en las alturas que dominan el Tajo, donde esperó á que su artillería recorriese los casi intransitables caminos de la orilla izquierda desde el puente del Arzobispo, oponiéndose á la marcha de los franceses.

Saliendo de las montañas el mariscal Mortier que marchaba á la cabeza, se halló en los días 6 y 7 de agosto enfrente del puente del Arzobispo, seguido á corta distancia por el mariscal Soult, que formaba el cuerpo de batalla. El ejército que llegaba tan tarde quería naturalmente denotar su presencia, y no podía permitir que el enemigo se pusiese en cobro sin causarle un buen descalabro, y resolvió en consecuencia tomar el puente del Arzobispo. Más bien era esto un alarde que una operación de trascendencia. Encargóse

de esta atrevida empresa el mariscal Mortier, y la llevó á cabo el 8 de agosto. Los españoles habían atajado el puente del Arzobispo con barreras, puesto tropa de infantería en dos torres situadas en medio del puente, y levantado en la orilla opuesta, á derecha é izquierda, sólidas baterías, formando en las eminencias de la espalda el grueso de su ejército. Al abrigo de estos obstáculos reputábanse invencibles. Hizo el mariscal Mortier buscar un vado por la parte de arriba, y descubrieron uno á distancia de doscientas ó trescientas toesas, por donde podían pasar la infantería y la caballería. En efecto, mientras disparaba la artillería francesa contra el puente y las baterías establecidas á derecha é izquierda, los dragones del general Caulaincourt pasaron el vado, protegidos por un enjambre de cazadores y seguidos de los regimientos 34 y 40 de línea. Quiso Cuesta detenerlos, oponiéndoles su infantería formada en diversos cuadros, pero los dragones cerraron con ella y la acuchillaron. Viéronse éstos al punto con toda la caballería española encima, en número tres ó cuatro veces mayor, y habrían seguramente corrido un gran peligro si no hubiesen maniobrado con mucha habilidad y sangre fría, sosteniéndolos la infantería que los había acompañado. Felizmente el primer batallón del 40 avanzó al puente mientras tenía lugar la sangrienta refriega; forzó las barreras, arrojando el fuego de los españoles, y abrió el paso á la infantería del mariscal Mortier, que embistió por la espalda las baterías españolas y se apoderó de ellas. Los contrarios cedieron desde aquel momento, y emprendieron la fuga, dejando en nuestro poder treinta cañones, muchos caballos y ochocientos hombres entre heridos y prisioneros. Este acto de vigor era una prueba de lo que valían los cuerpos del antiguo ejército y los oficiales que los mandaban.

Dueños ya de los puentes del Tajo, faltaba saber si los franceses perseguirían al ejército anglo-español, ya fugitivo y que pocos días antes se decía triunfador. Tenían á su disposición los puentes del Arzobispo y Talavera; pero para llegar á la carretera de Extremadura, única inaccesible á la gruesa artillería, había que bajar hasta el de Almaraz, cuyo ojo principal estaba cortado y que se había momentáneamente suplido con barcas que ya estaban destruidas. Para llevar los ingleses su artillería por la orilla izquierda hasta la carretera de Extremadura y situarla enfrente del paseo de Almaraz, perdieron cinco días empleando á todos los hombres útiles de la comarca. Era menester, por lo tanto, ó seguirlos casi sin artillería para batirlos en posiciones inexpugnables ó echar un puente en Almaraz para el cual faltaban los primeros materiales. No era, pues, oportuno perseguirlos, no queriendo ocupar el país que media entre el Tajo y el Guadiana, desde Almaraz á Mérida, ó emprender inmediatamente la marcha á Andalucía. Pero la primera de estas operaciones era de poca utilidad, por haber quedado arruinado por muchos meses el país entre el Tajo y el Guadiana por los ejércitos beligerantes. La segunda no podía emprenderse en la actualidad por los calores de la estación y la escasez de víveres. Más preferible era esperar el tiempo de la siega, el fin de los grandes calores y sobre todo las instrucciones de Napoleón, ya indispensables después de desbaratado el plan de campaña de aquel año. Detuviéronse, pues, en el puente del Arzobispo

después de la brillante acción á que debían la posesión de él. Esperando las operaciones ulteriores, el estado mayor del rey distribuyó las tropas del mariscal Soult en el Tajo, y se trajo parte de ellas á Castilla la Vieja. El 5.º cuerpo (del mariscal Mortier) fué situado en Oropesa para observar el Tajo desde Almaraz á Toledo. El segundo (del mariscal Soult) se estableció en Plasencia para observar las salidas de Portugal. Por último el mariscal Ney, que convenía alejar á toda costa del mariscal Soult, regresó á Salamanca para dispersar las partidas del duque del Parque que infestaban á Castilla. Saliendo el intrépido mariscal el 12 atravesó el puerto de Baños, batiendo y ahuyentando á las de Wilson, y probó, ejecutando aquella penosa marcha en menos de cuatro días, que era posible haberse situado más pronto sobre las espaldas del ejército inglés.

Entretanto se había retirado Wellesley á Trujillo y proponiase marchar de aquí á Badajoz. Reducido á unos veinte mil hombres, precisado á dejar sus heridos y enfermos en poder de los franceses, indispuesto con los generales españoles por causa de los víveres, por las operaciones que se habían de emprender y por todo en suma no había salido más airoso que el general Moore de su expedición por el interior de España. Volvía más convencido que nunca de la necesidad de reducirse á la defensa de Portugal y de no internarse en España sino en un caso muy urgente y con grandes probabilidades de buen éxito. Nada por otro lado era más triste que las cartas que escribía á su gobierno (1).

Al separarse de los generales españoles les había encargado mucho que no aventurasen una batalla, que se ciñesen á defender la tierra montañosa de Extremadura entre el Tajo y el Guadiana, tras de cuya barrera podrían reorganizarse y hasta recibir el socorro del ejército británico si merecían que se les siguiese dispensando. Pero eran poco capaces de apreciar y de seguir tan prudentes consejos.

A quien más le convenía era á Venegas, que se había dirigido á Madrid mientras Wellesley y Cuesta se reunían en Talavera y contra el cual marchaban en aquella sazón José y el general Sebastiani revolviendo sobre Toledo. Después de haber repelido algunas partidas al otro lado del Tajo, se replegó prontamente hacia la parte de acá al saber el regreso del ejército francés y detúvose en Almonacid, enfrente de Toledo, en una aventajada posición donde creía poder desafiar con treinta mil hombres á cuantas fuerzas lograrse mover contra él el rey José. Mejor hubiera hecho ciertamente en seguir los consejos de sir Arturo Wellesley; pero no los tomó en consideración y resolvió esperar á los franceses en las alturas de Almonacid.

Tenía establecida su izquierda en una alta colina, su centro en una meseta y su derecha en las escarpadas alturas de Almonacid, dominadas por otra posición más escarpada sobre la cual descollaba un antiguo castillo de construcción moruna. El general Sebastiani, adelantándose al rey José, se encaminó por el puente de Toledo al encuentro de Venegas y se le puso delante en la noche del 10 de agosto. Tenía á lo sumo quince mil hombres después de la pérdida sufrida en Talavera.

(1) Estas cartas se hallarán al fin del libro, con los documentos relativos á la batalla de Talavera. (N. del A.)

El rey llevaba otros cinco mil. El 11 por la mañana mandó á la división Leval que embistiese á la izquierda de Venegas. Empezaron los polacos trepando á la colina que ocupaban los españoles y Venegas envió contra ellos parte de su reserva; pero los alemanes que acudieron á socorrer á los polacos, resistieron el choque y arrollaron á la izquierda de los españoles, mientras los cuatro regimientos franceses de la división Sebastiani, 28, 32, 58 y 75, los acometían en el centro y en la derecha, siguiéndoles la brigada de Godinot de la división Dessoles. Por todas partes fueron los contrarios desbaratados y los españoles tuvieron que replegarse hacia el castillo de Almonacid. Habríamos podido envolver la posición, pero los regimientos veteranos de Sebastiani y Dessoles no querían que se les allanase las dificultades: arrostrando el fuego se enseñorearon de posiciones casi inaccesibles y acabaron derrotando á cuantos enemigos quedaban. Perdieron los españoles entre muertos y heridos de tres á cuatro mil hombres, dejaron otros tantos prisioneros y diez y seis bocas de fuego: los franceses más gente que de costumbre por causa de las posiciones que atacaron. Dejaron trescientos muertos y cerca de dos mil heridos.

En retirada el ejército inglés sobre Badajoz, precisado á seguirle el de Cuesta y disperso el de Venegas, no tenía más que hacer José que volver á Madrid. Así lo hizo en efecto después de haber enviado al mariscal Víctor á la Mancha y dejado al general Sebastiani en Aranjuez. Presentábase como triunfador á los ojos de los españoles, porque así Cuesta como Venegas y el mismo Wellesley (aunque éste en verdad con más reserva, y que como cumplía á su relevante mérito) habían hecho anunciar su próxima entrada en Madrid y la emancipación de España. Lejos de poder cumplir tan pomposas promesas, retirábanse todos al Guadiana, los ingleses desalentados y los españoles dispersos, aunque nunca desanimados. Bien podía José por lo tanto presentarse en su capital con todas las apariencias de la victoria. Sólo los hombres capaces de juzgar y que conocían los elementos acumulados en España y las esperanzas que la actual campaña había hecho concebir, podían, comparando los resultados conseguidos, apreciar las operaciones del año presente. Nos habíamos prometido con trescientos mil veteranos, los mejores que tuvo jamás la Francia y que suministraban por lo menos doscientos mil combatientes útiles, ser para el mes de julio dueños de Lisboa, Sevilla, Cádiz y Valencia; y sin embargo nos hallábamos, no en Lisboa ni en Oporto siquiera, sino en Astorga; no en Cádiz ni en Sevilla, sino en Madrid; no en Valencia, sino en Zaragoza. El tesón incomparable de los españoles, su furor patriótico, su presunción que hacía no se desanimasen jamás, la cooperación eficaz de los ingleses, la desunión que reinaba entre nuestros generales, la ausencia de Napoleón y la gran distancia á que se hallaba, su misma dirección en fin, que por proceder de tan lejos impedía que Jourdan y José sacasen partido con su buen seso de las ocasiones que les deparaba la fortuna, eran las causas generales de la profunda diferencia que se advertía entre lo que se había esperado y lo que se había conseguido. Y pasando de las causas generales á las particulares, podemos añadir que si en vez de enviar á Portugal al mariscal Soult con su cuerpo solamente, se

le hubiese enviado asistido del mariscal Mortier; si al resignarse Soult á emprender aquella expedición con medios insuficientes, no hubiese dejado á la Romana á sus espaldas sin batirle; si después de llegar á Oporto no hubiese perdido el tiempo; si no se hubiera dejado sorprender allí ó hubiera hecho mejor su retirada; si después de volver á entrar en Galicia hubiera secundado mejor el plan del mariscal Ney; si después de haber conseguido una reunión de tropas, tan perjudicial en junio como había sido apetecible en mayo, no las hubiera detenido inútilmente en Salamanca; si José, que podía en aquella sazón hacer que se le uniese el cuerpo de Mortier, se hubiese presentado en Talavera con fuerzas irresistibles; si, aunque careciendo de estas fuerzas, se hubiese tomado el tiempo preciso y esperado al mariscal Soult, ó sin esperarle hubiese dado el ataque en Talavera con más uniformidad y constancia, y si, por último, aun cuando ninguna de estas cosas se verificase, hubiese el mariscal Soult marchado con más celeridad sobre Plasencia, los ingleses habrían sido victoriosamente repelidos de la península y habrían pagado muy cara su intervención en los asuntos de España. Muy diversa habría sido la suerte de la guerra á no mediar tantos desaciertos.

Cuando Napoleón, que estaba en Schœnbrunn ocupado en negociar y reorganizar sus ejércitos de Alemania por si llegaban á renovarse las hostilidades, supo los acontecimientos de la península, se llenó de pesadumbre, porque para negociar con alguna ventaja y no verse precisado á empuñar de nuevo las armas, necesitaba que todo marchase bien en todas partes, y que el Austria no pudiese sacar de los sucesos ocurridos en otros países motivos para esperar. Sin hacerse cargo de su parte de culpa y empeñado, como hombre débil en medio de su grandeza, en no ver más que los desaciertos de los demás cerrando los ojos á los suyos propios, juzgó severamente á todos sus lugartenientes. Pesóle en gran manera de haber resuelto tan pronto la cuestión entre los mariscales Ney, Soult y Mortier, reuniendo los tres cuerpos bajo la autoridad del segundo; censuró al mariscal Soult por haberse internado en Portugal sin destruir antes á La Romana, por no haber sabido tomar un partido eficaz en Oporto, ni restablecido sus comunicaciones con Zamora, ni hecho una buena retirada. Concibió sospechas por lo ocurrido en Oporto, y hubo un instante en que fué tal su cólera que trató de entregar al general á un juicio solemne. Desistió porque ya la causa del general Dupont estaba siendo asunto de enojosas dificultades, porque también el príncipe de Ponte-Corvo acababa de recibir de él una especie de castigo, y porque tantos rigores á la vez presentaban el doble inconveniente de hacerle aparecer severo con unos compañeros de armas cuya sangre prodigaba diariamente y de hacer demasiado patente la necesidad de recurrir á medios de rigor. Y en efecto, ¡qué de úlceras no iba á descubrir su omnipotencia si se decidía á hacer un escarmiento! Entre sus lugartenientes unos cedían ya ante la inmensidad de los peligros, otros empezaban á dar los primeros pasos en la carrera de la insubordinación, otros también empezaban á sentir el estímulo de la ambición personal y á concebir celos de sus compañeros. Pero Napoleón se abstuvo de tomar un partido violento; mandó llamar á los principales

oficiales que habían figurado en el proyecto de Oporto, é hizo instruir la correspondiente sumaria con todo rigor contra el capitán Argentón y los que pudieran ser sus cómplices. Autorizó al mariscal Ney para que regresase á Francia y saliese de la posición falsa en que le habían dejado, y al mariscal Soult nada absolutamente le dijo, dejándole con su silencio por espacio de muchos meses presa de la más angustiosa incertidumbre. No tuvo el menor miramiento con José, y menos aún con su jefe de estado mayor Jourdan, con el cual solía ser injusto; le reprendió agriamente por haber hecho que el mariscal Soult asomase por Plasencia y no por Ávila; censura que, como dejamos demostrado, no merecían. Más razón tuvo para reprenderlos por no haber esperado para dar la batalla que llegase el mariscal Soult, por no haberla dado con la necesaria unidad ni persistido más energicamente en el ataque de las posiciones enemigas; por no haber juntado, en una palabra, más que cuarenta y cinco mil hombres contra sesenta y seis mil, cuando con los cuerpos de Víctor, Sebastiani, Soult, Mortier y Ney tenía á su disposición cerca de cien mil combatientes; cargos todos ellos muy fundados y de que eran causa en parte las disposiciones dadas desde Schœnbrunn sin el necesario conocimiento de los hechos. Desgraciadamente su crítica, aunque revelaba su perspicuidad y aquella penetración superiores, que eran dotes exclusivamente suyas, nada podía remediar ni producía más ventaja que desahogar su pesadumbre mortificando á su hermano. Enojóse mucho particularmente porque nada se le había dicho de la pérdida de la artillería de la división Leval, y añadió con razón que en cuanto pudiese él pasar algún tiempo en España lo terminaría todo. Mandó se esperase á que pasaran los calores para volver á emprender las operaciones, y á que acabasen las negociaciones de Altemburgo, porque se proponía enviar á la península después de firmada la paz las fuerzas que en la actualidad destinaba al Austria. Además, mientras escribía á José que la batalla de Talavera era una derrota, decía en Altemburgo que era una victoria (siendo falsos ambos asertos), y hacía que se refiriese con todos sus pormenores el lastimoso estado en que se retiraba el ejército inglés á Portugal, pues ya los acontecimientos no interesaban sino por razón del efecto que podían producir en las negociaciones entabladas con Austria.

Pero no eran aquellos los últimos embarazos que le habían de suscitar los ingleses, ya para socorrer al Austria nuevamente comprometida por ellos, ya para satisfacer su ambición marítima. No habían éstos cesado desde el comienzo de la campaña de ofrecer á la corte de Viena grandes expediciones á las costas del continente, entendiéndose por costas del continente las costas septentrionales, dado que cualquiera expedición á España, muy útil á la política marítima de la Gran Bretaña, era á la sazón poco menos que indiferente para el Austria. Un ejército inglés más ó menos en España no podía hacer aumentar ni disminuir en un solo regimiento el ejército francés de la península. No era lo mismo una tentativa contra las costas de Francia, Holanda ó Alemania: cualquiera invasión que amagase á las costas de Francia ó Holanda, atraería los refuerzos destinados al Austria: si amagaba á las de Alemania, podía allí determinarse una explosión. Por esta razón habían sido

continuas desde el principio de las negociaciones las demandas hechas á los ingleses para que cumpliesen sus promesas. Por otra parte, como de lo que se trataba era de destruir puertos, incendiar arsenales y consumir en una palabra toda clase de destrozos marítimos, bien se podía confiar en su celo: de modo que si había algún retraso no podía achacarse más que á la naturaleza de las cosas ó á la impericia de un gobierno que por más saña y poderío que tuviese, no estaba conducido con el genio que presidía entonces á todas las operaciones del gobierno francés. Habían ellos perdido á Nelson y á Pitt; quedábales en verdad un Wellesley, superior á ambos; pero se veía reducido á una escena muy limitada, y la administración actual estaba lejos de ser entendida.

A sus esfuerzos por desembarazar á España de franceses, unían los ingleses el proyecto de arruinar en todo el litoral del imperio los inmensos preparativos marítimos de Napoleón. Vimos anteriormente que Napoleón, á pesar de que no podía permanecer en la mar con sus escuadras contra la marina británica, no había renunciado á batir á Inglaterra en su mismo elemento, para lo cual había ideado grandes combinaciones. En todos los países donde reinaba ó ejercía alguna influencia, había dispuesto innumerables construcciones navales y provisiones proporcionadas á ellas en cuanto le había sido posible, reservándose formar, en cuanto sus ejércitos estuviesen disponibles campamentos cerca de sus buques para que pudieran salir de improviso de cualquier punto grandes expediciones á la India, á las Antillas, á Egipto y quizás á Irlanda. Hacíanse en Venecia, en la Spezzia, en Tolón, en Rochefort, en Lorient, en Brest, en Cherbourg, en Boloña, donde empezaba ya la escuadrilla ociosa á podreecer, y especialmente en Amberes, creación predilecta de Napoleón, armamentos de todas las formas imaginables, los cuales daban quehacer á los ingleses, los traían sobre manera inquietos, justificándose con esto las miras de Napoleón, y les inspiraban un vehemente deseo de alejar de sí peligros tanto más alarmantes cuanto menos conocidos.

En dos puntos principalmente se había fijado su atención durante el año cuya historia vamos refiriendo: en Rochefort y en Amberes. En Rochefort se había verificado según las órdenes de Napoleón una reunión de escuadras, que fondeaban en la bahía de la isla de Aix. En Amberes se preparaba un establecimiento inmenso, que por su posición enfrente del Támesis quitaba á la población de Londres el sueño. El auxilio que querían los ingleses prestar al Austria, auxilio nada desinteresado por cierto, era destruir á Rochefort y Amberes por más caro que les costase, y como era mucho más fácil operar contra el primer establecimiento que contra el segundo, por no haber en él más que una escuadra que incendiar, resolvieron al instante hacerlo. Pero los preparativos contra Amberes, como más prolijos, vastos y dispendiosos, no eran todavía más que una amenaza cuando los ejércitos de tierra peleaban en Wagram y en Talavera.

La expedición contra Rochefort estuvo dispuesta desde el mes de abril. Estaban allí reunidas á la sazón dos soberbias divisiones navales bajo las órdenes del vicealmirante Allemand. Allí se hallaban de resultas de una combinación de Napoleón muy ingeniosa, pero peligro-

sísima como todas las combinaciones á que se veía precisado á recurrir en la mar. El contraalmirante Willaumez debía haber salido de Brest según sus órdenes con una división de Lorient y luego la de Rochefort, pasado á las Antillas dejando allí víveres, municiones y hombres, vuelto en seguida á Europa, atravesado el estrecho de Gibraltar y fondeado en Tolón, donde se iban poco á poco disponiendo grandes fuerzas navales, ya para incorporar á Sicilia con Nápoles, ya para abastecer á Barcelona, ya finalmente para amagar á Egipto, que Napoleón esperaba todavía reconquistar. Había salido efectivamente Willaumez en febrero; temeroso de detenerse demasiado en Lorient no recogió aquella división, y no habiendo encontrado á la de Rochefort dispuesta á dar la vela al presentarse él, tuvo que detenerse en este punto. Con esta reunión subió á once navíos y cuatro fragatas la fuerza naval surta en dicho puerto. El valiente Allemand, que con tanta felicidad había cruzado el estrecho de Gibraltar para reunirse con Ganteaume en 1808, y que con él había llevado á cabo la expedición de Corfú, acababa de ser destinado al mando de la escuadra de Rochefort. Según las instrucciones que había recibido, debía zarpar á la primera ocasión. Hermoso era en verdad el armamento de que disponía, aunque su personal dejase mucho que desear, como sucede con toda fuerza de mar reducida á estar siempre en bahía. Los ingleses habían proyectado destruir la escuadra de Rochefort por los medios más terribles, aun cuando tuviesen que extremar la crueldad y barbarie más de lo que el estado de guerra consiente.

No pretendían entrar por el Charente arriba para presentarse en el mismo Rochefort: esta tentativa la dejaban para otro punto, porque exigía la cooperación de un ejército y no tenían dos á su disposición. En Rochefort se proponían destruir la escuadra francesa en su fondeadero. Diéronse con este objeto al almirante Gambier trece navíos, muchas fragatas, corbetas, bergantines y bombardas; se puso con esta fuerza á vista de la isla de Aix, y fondeó atrevidamente en la bahía de los Vascones, aprovechando la circunstancia de no estar todavía en aquella época bastantemente defendidas aquellas importantes playas, pues el fuerte Boyardo estaba aún en proyecto. Habían resuelto los ingleses convertir en brulotes un número considerable de buques, y sacrificarlos, por mucho que les costase, á la probabilidad de incendiar la escuadra francesa. Por lo general siempre que se quiere emplear este medio, de dudosa legitimidad en la guerra por la atrocidad que envuelve (lo mismo que el bombardeo de las plazas no siendo absolutamente indispensable), se echa mano de buques viejos que se llenan de materias incendiarias y aun á veces de objetos de explosión. Después de transformados así en volcanes á punto de hacer su erupción, se llevan delante de la escuadra que se quiere incendiar, y aprovechando, ya el primer viento favorable, ya la corriente, se los deja sueltos y entregados á las llamas, haciendo que las tripulaciones no se salven en las chalupas hasta que el peligro sea inminente. Uno solo de estos brulotes basta á veces para producir incalculables estragos. Este medio es peligroso principalmente cuando la escuadra que se quiere incendiar es numerosa y está reunida, y los brulotes pueden hacer daño en cualquier punto donde choquen, y naturalmente el estrago

aumenta en proporción á su número. Ocurriéronse á los ingleses armar hasta treinta de ellos, cosa nunca vista y sólo posible para una marina infinitamente poderosa como la suya, que tenía muchos buques viejos que sacrificar. Pero destinar treinta buques á perecer sólo por el placer de destruir tres ó cuatro de los enemigos, era conducirse con ese furor ciego que no calcula el daño á que se expone con tal de hacer alguno. Habían llevado la pasión por destruir hasta el punto de mezclar con los brulotes varias fragatas y aun navíos, para que fuese mayor el impulso contra los obstáculos que pudieran oponerles los franceses. Estuvieron los ingleses unos veinte días fondeados, disponiendo esta acometida sin ejemplo en los anales de la marina, colocando en los buques destinados á perecer las materias que debían hacerlos tan formidables, á medida que las iban recibiendo.

Viendo el vicealmirante Allemand que estaban tanto tiempo fondeados en la bahía de los Vascones, no pudo dudar de que se proyectaba incendiar el puerto y la escuadra en Rochefort. Formó sus once navíos y sus cuatro fragatas en dos líneas acoderadas, muy cercanas la una á la otra y protegidas á la derecha por los fuegos de la isla de Aix y á la izquierda por los de la parte baja del río, presentando una dirección, no ya opuesta á la corriente, sino paralela, de modo que los cuerpos flotantes destinados á chocar contra nuestros buques pasasen por delante sin tocarlos. Añadió el vicealmirante por precaución dos estacadas: una de cuatrocientas toesas y otra de ochocientas, formadas de maderos flotantes ligados unos con otros y sujeta, por medio de áncoras de gran peso, fijas de trecho en trecho. Al acercarse el momento crítico, organizó en diversas divisiones las chalupas y botes de los navíos, los armó de cañones, los dotó de hombres de mar intrépidos, que provistos de largos arpones enganchasen al paso los brulotes incendiados y los desviasen en su dirección, y los puso de vigilantes por las noches á lo largo de las estacadas. Mandó quitar las vergas á todas las velas inútiles para que se cebase menos el fuego, bajar á la sentina todas las materias inflamables y quitar finalmente todos los objetos salientes del casco y de la arboladura á que se pudieran enganchar y adherir los brulotes, que es el principal peligro que hay que evitar contra este medio de destrucción. Pidió además al puerto de Rochefort muchos materiales, que no fué posible suministrarle por ser de aquellos que suelen faltar siempre después de una larga guerra poco feliz. De todas maneras hizo con los recursos que tenía cuanto pudo para ponerse al abrigo de la catástrofe que creía formidable y que iba á ser con efecto mucho más terrible de lo que él se imaginaba.

En la noche del 11 al 12 de abril, con un viento entablado de Nornoroeste que soplaba contra nuestra línea acoderada y á la hora en que la marea empujaba en la misma dirección, se presentaron los ingleses en varias divisiones de buques grandes y pequeños, con la intención manifiesta de envolver nuestra escuadra. En seguida se destacó una división de fragatas y corbetas dirigiéndose á la estacada: venían éstas escoltando los brulotes. Calculando según la práctica común, esperaba el vicealmirante Allemand habérselas con cinco ó seis brulotes á lo sumo, por lo cual había dado á sus canoas la orden de que no cesasen de cruzar en toda la longitud

de las dos estacadas, cuando se dejó ver de repente una fila inflamada de treinta brulotes que, abandonados de pronto por sus tripulaciones y arrebatados por el viento y la corriente, continuaron avanzando contra la escuadra francesa. No se había visto jamás espectáculo semejante. Tres de aquellas espantables máquinas se volaron al llegar cerca de las estacadas y las rompieron; las otras, vomitando como los volcanes fuegos de toda especie, impelidas del viento y del oleaje, se llevaron los restos de las estacadas y se diseminaron en torno de nuestros buques.

En vano quisieron las divisiones de canoas prender los brulotes; eran éstos demasiado voluminosos para que los pudieran detener unas débiles chalupas, y se llevaban en pos á las que temerariamente se adherían á ellos. Al aspecto de aquellas treinta máquinas inflamadas, pocos eran los que no se desanimaban, no precisamente por el peligro, al que los hombres de mar están avezados, sino por el temor de ver destruídos sin combate todos nuestros buques. En medio de tan horrible confusión, acompañada de espantosas detonaciones y de siniestros resplandores que descubrían el peligro sin favorecer la defensa, era de todo punto imposible recibir órdenes ni transmitirlos. Cada capitán entregado á sí mismo cuidaba de su propio buque y de hacer lo que podía para salvarlo. Todos por un instinto unánime trataron de librarse de los brulotes que amagaban adherirse á sus costados, y de los cuales sólo el navío almirante *Océano* tenía tres; y creyeron que el modo más seguro de substraerse á tan funesto encuentro era cortar sus cables y huir adonde fuese posible, echando nuevas anclas para no estrellarse en la costa. Emplearon también el medio de hacer fuego contra los brulotes para echarlos á pique; mas como todos habían perdido ya su posición en la línea acoderada y andaban revueltos, resultaba que disparaban unos contra otros, causándose más daño que recibía el enemigo. Sin embargo, una feliz casualidad hizo que se salvaran nuestros buques no muy malparados en varios puntos de la costa, dejándose ir y echando anclas sucesivas. Los que habían empezado á incendiarse habían logrado apagar el fuego, y los brulotes ingleses diseminados, varando en diversos puntos de las islas vecinas, ya volándose con horribles detonaciones, ya despidiendo granadas, bombas y otros proyectiles, ardían inútilmente iluminando toda la bahía. Al romper el día tuvimos la satisfacción de ver que los treinta buques incendiarios estaban varados como nosotros, consumiéndose sin habernos incendiado un solo buque; de modo que hasta entonces la furia de los ingleses sólo se había cebado en sus propias riquezas.

Pero no había terminado el drama: nuestros buques, como acaba de verse, habían cortado sus cables y se habían dejado ir hasta el desembocadero del Charente, desde el fuerte de Fouras á la isla de Enett. Por desgracia, cuatro de ellos, sorprendidos al bajar la marea, quedaron en seco en los peñascos que ciñen por uno de los lados la boca del río y que llevan el nombre de las *Palas*: fueron éstos el *Calcuta*, el *Trueno*, el *Aquillón* y el *Varsovia*. Casi todos los capitanes cediendo á un movimiento espontáneo habían echado al agua sus municiones por temor del incendio; algunos, en medio de aquella confusión, habían perdido sus embarcaciones

y los marinos que las montaban: no se hallaban por lo tanto en estado de defenderse. Exasperados los ingleses por el poco efecto de sus brulotes, resolvieron vengarse del mal resultado de su bárbara combinación apoderándose de los cuatro buques encallados en las Palas y destruyéndolos. El *Calcuta*, acometido á un tiempo por varios navíos y fragatas, y batido á cañonazos en todos sentidos, no pudiendo apenas hacer uso de su artillería, se defendió algunas horas y fué después abandonado por el capitán Lafón, que en la imposibilidad de conservar su navío con solos doscientos treinta hombres, creyó deber salvar su tripulación. ¡Ignoraba el desgraciado los rigores á que se exponía! El *Calcuta* abandonado se voló pocos momentos después. El *Aquillón* y el *Varsovia*, no pudiendo defenderse, tuvieron que arriar bandera y fueron incendiados por los ingleses, que por su propia mano les pegaron fuego. Anunciaron su suerte á la escuadra dos nuevas explosiones. Finalmente el *Trueno* con un agua en los fondos fué arrastrándose trabajosamente hasta cerca de la isla Madame, y su capitán Clemente Laronciere no consiguió reponerle ni aun echando al agua su artillería, su lastre y todo cuanto podía sacrificar para aligerarle. Después de inauditos esfuerzos, arrostrando el fuego de los ingleses, viéndose condenado á zozobrar al subir la marea, sacó su gente á un peñasco desde el cual podía estando la mar baja llegar á la referida isla, y partió el último después de pegar fuego á su navío, que se sumergió con la bandera francesa.

Perdimos, pues, cuatro de nuestros once navíos, no á impulso de los brulotes enemigos, sino por el mismo deseo de evitarlos. El valiente almirante Allemand estaba desesperado á pesar de haber salvado siete, sin contar las fragatas, que exceptuando una sola se conservaron todas. Hizolos llevar río arriba y que los desarmasen. Convirtiéndose su desesperación en una irascibilidad tal, que no fué posible dejarle en el mando de Rochefort. Le envió el ministro Decrés á Tolón con sus tripulaciones, que llevó por tierra para dotar con ellas á los buques del Mediterráneo. En Rochefort había que emprender nuevas obras antes de poder formar allí otra división.

Regresó el almirante Gambier á las costas de Inglaterra con la gloria dudosa de una expedición atroz, que había sido mucho más costosa para la Gran Bretaña que para la Francia. Su resultado más positivo fué intimidar á todas las escuadras nuestras fondeadas en bahías, y aturdir en cierto modo á la mayor parte de nuestros jefes de escuadra que empezaron á ver brulotes en todas partes y á imaginar las más singulares precauciones para defenderse de ellos. Ni se eximió el ministro Decrés á pesar de sus luces poco comunes de aquella impresión funesta, puesto que propuso al emperador que hiciese regresar á Flesinga la soberbia escuadra construída en los arsenales de Amberes y surta á la sazón en las bocas del Escalda. Pero el almirante Missiessy, que era hombre sereno, entendido y enérgico, se negó á ello, diciendo que en Flesinga estaría expuesta á perecer con las bombas ó las fiebres de Walcheren en deshonrosa inmovilidad. Comprometiéndose á maniobrar en el Escalda sin perder su honor ni su escuadra, y obtuvo una autorización de que hizo en breve uso glorioso. La única medida que prescribió el emperador fué